

por la mano del hombre, esta culpable condescendencia habria producido frutos muy amargos. Con todo, si la poligamia no pudo introducirse en la familia, á pesar de la buena intencion de los teólogos protestantes, el divorcio que parece menos repelente penetró en ella apoyado en las conclusiones de los nuevos casuistas. Enrique VIII sancionó la doctrina dando al mundo los mas horribles escándalos. Esta doctrina produjo sus frutos, porque desde entonces la union conyugal fué menos estrecha y menos respetada: los lazos de familia se relajaron necesariamente, viniendo á suceder que en algunos Estados reformados, el contrato matrimonial ofreciese tan pocas garantías, que en espresion de madama Staël, se cambiaba tan pacíficamente de esposo, como si se tratase de arreglar los incidentes de un drama.¹

Así caía pieza por pieza la sociedad moral fundada por Jesucristo: así se comprobaba la razon de estas palabras: "Si alguno desoye á la Iglesia que se le considere como un pagano." Muy en breve esta sociedad dejó aún de tener una existencia propia: incapaz de sostenerse por sus propias fuerzas, se resumió en la sociedad civil de la cual vino á ser una humilde sierva. Tanto, en efecto, como el protestantismo habia hecho ostentacion de orgullosa independenciam con respecto á la corte de Roma, otro tanto se mostró obsequioso y servil para con los poderes temporales. Él se acomodó á todos sus deseos, á todos sus caprichos, y llegó hasta abdicar de sí mismo en sus manos. Una religion, sin duda, no puede ser influente y providencial para un pueblo, sino en tanto que su cabeza está fuera y defendida del gobierno de este pueblo: poniéndose á disposicion del Estado, olvida su principal y mas indispensable prerogativa, la independenciam con todos para ser el consuelo de todos, y la hospitalidad abierta á todos los sufrimientos. Sometida al poder político, sus ministros no son entonces mas que unos funcionarios encargados de recibir y de transmitir las inspiraciones, variables, falibles,

¹ De la Alemania, part. 1.^a cap. 3.

y algunas veces tiránicas de los gobiernos. Plugo á los reyes acumular las atribuciones del poder espiritual con las del poder temporal, ser al mismo tiempo pontífices y soberanos: y bien, ¿supo el protestantismo resistir á su ambicion, oponerse á esa usurpacion sacrílega? No: muy al contrario; cedió cobardemente, se avino á todo, y permitió que, en lo sucesivo, un mismo hombre tuviese bajo su dominio los cuerpos y las conciencias. En Inglaterra no tuvo vergüenza de descender hasta el último grado del servilismo, y abandonó, una tras otra, todas las garantías de la libertad religiosa á la brutalidad de la tiranía; y prostituyó su culto á uno de los mas odiosos príncipes de que hace mencion la historia. Tal fué el justo castigo de la orgullosa rebelion de la herejía contra la autoridad legítima; por haber rehusado someterse á la suave direccion del cayado pastoral, ha sido condenada á humillar su cerviz bajo el cetro dominador de los reyes.

Con todo, debemos decir que no era esta la mira que se proponia el espíritu filosófico. Su actividad disolvente no podia permanecer encerrada en el palenque estrecho de las decisiones imperiales: así pues, insensiblemente minó el cuerpo de la herejía y no tardó en hallar, por el socinianismo, una amplia salida sobre las regiones filosóficas propiamente dichas. Hasta entonces la razon se habia dignado respetar la Biblia, de la que pretendia tomar sus mas vivas luces, pero muy pronto declaró que todo lo que, en este divino libro esceñia de su comprension, debia tenerse por metafórico. De este juicio á la negacion de la inspiracion divina de la Escritura, á la de todos los misterios y aun á la de la divinidad de Jesucristo, no habia mas que un paso; pues bien, la razon se apresuró á darlo. Desembarazándose de toda esa carga de los dos Testamentos que sujetaba sus movimientos, y orgullosa de esta completa independenciam, se lanzó decididamente en la pesquisa de la verdad, prometiendo al mundo librarlo de todas sus preocupaciones y del yugo de la supersticion, bajo el cual gemia hacia tanto tiempo. El filósofo

Hobbes, fué uno de los primeros que salió al campo, y de sus laboriosas investigaciones, recogió, entre otros, éstos descubrimientos admirables: "*Dios es corporal; el alma es material; la idea del bien y del mal no tiene otra base que las sensaciones agradables ó desagradables; lo verdadero y lo falso no son otra cosa que palabras convencionales.*" En su seguimiento, y atraídos sin duda por estos brillantes resultados, se precipitaron en la misma senda los Blount, los Collins, los Tindall, los Tolland, los Woolston, los Mandeville, todos los libres racionadores, rivalizando en impiedad y en materialismo con su antecesor. Aludiendo á ellos el poeta Pope, exclamó indignado: "¡Espíritus fuertes!... ¡nuevos Titanes desafían á los cielos!... Volúmenes de blasfemias autorizadas hacen gemir la prensa."¹

El célebre Swith previó desde entonces á cuán funestas consecuencias conducirían estas audaces empresas. "Téngase cuidado, decía, con estos libres racionadores: ellos minan todo el edificio y no descansarán sino sobre las ruinas de la sociedad entera."² Y no se engañaba; porque la impiedad invadía ya la Holanda: Spinoza profesa el pantheísmo y el fatalismo. Bayle se vanagloria de su escepticismo y declara que es verdadero protestante, puesto que protesta contra todas las religiones. El contagio eunde á la Francia; y adquiere en este país vastas proporciones, comunicándose muy pronto á toda la Europa por el poder de difusión del espíritu francés. Voltaire se apodera del cetro de las ideas y reina como triunfador sobre la opinión. Cansado de oír repetir que doce hombres han bastado para establecer el cristianismo, quiere probar que no se necesita más que uno para derribarlo. Con este fin, consume su vida en escribir, sin pudor y sin buena fé, obras y folletos en los que la impiedad compite con la licencia y la calumnia. En torno de él se agrupan multitud de discípulos, servilmente adictos y sumisos, y

¹ *Essai sur la critiq.*, 2ª partie.

² *Hist. de la philos.*, Guillon, tom. II, pág. 135.

que sobrepujan en escesos y en desvaríos á su mismo maestro. D'Alembert y Diderot, fundan la Enciclopedia para hacer de ella el receptáculo universal de todos los sofismas, y como un arsenal de todas las armas de la filosofía contra la religión de Jesucristo. El escepticismo, el materialismo y el ateísmo se muestran sin pudor y sin recato por todas partes. Diderot profesa abiertamente sus doctrinas. Helvecio las ratifica en su libro *de el Espíritu*, en el que reduce todo á la sensibilidad física, considerando el interés como el único móvil de las acciones humanas: Holbach quiere ir todavía más lejos, y pretende que la materia existe por sí misma, y que solo ella produce la sensación y el pensamiento: Freret admira á su turno, por el cinismo de su libertad de pensar. No se respeta ya ni la historia. Los Turpin, los Mehegan, los de Pass, los Velly la disfrazan para acomodarla al gusto reinante. Boulanger escribe todo un libro de blasfemias contra la antigüedad. Dupuis, inventa que Jesucristo es el sol, y los apóstoles los doce signos del zodiaco. Bajo la pluma de Raynal, de Naigeon y de Condorcet, la filosofía se presenta con todos los caracteres del más furioso fanatismo: este fanatismo no tarda en degenerar en locura. La Mettrie en un discurso sobre la felicidad, avanza atrevidamente hasta decir que para ser dichoso *es necesario sofocar uno sus remordimientos y abandonarse á todas sus inclinaciones.* El mismo publica *el Hombre-máquina y el Hombre-planta*, y nos hace descender de una *marsopa*¹ *abriéndose la cola.* De Maillet nos da también por antecesores á los pescados; y Lamarck, queriendo sin duda levantar nuestra raza, se digna hacer remontar nuestro origen *hasta un mono, al que un romadizo ha prolongado la nariz.* Para coronar, en fin, estas saturnales de la razón, Silvano Marechal escribe el *Diccionario de los ateos*, en el cual pregunta seriamente *si el saber si hay un Dios es más importante que saber si hay animales en la luna;* apoyándose en el testimonio de los Padres y doctores de la Iglesia, decide que

¹ Cetáceo: especie de ballena.

con la Divinidad sucede lo que con esos muebles viejos que en lugar de servir no hacen mas que embarazar.

En este tiempo el misántropo Rousseau, huyendo de la turba de impíos fanáticos, defendía con elocuencia las mas santas verdades; pero dominado por la opinion y entregado sin guía á su juicio privado, demostraba la insuficiencia aun en los hombres superiores, sosteniendo con no menos calor y talento las mas funestas paradojas. Su tésis favorita, con que inauguró su entrada en la carrera y que no abandonó jamas, es que las artes y las ciencias no sirven sino para corromper las costumbres; y de ahí sacaba esta conclusion: que el hombre que piensa es un animal depravado, y que el estado salvaje es el ideal mas perfecto de la sociedad. Lo que pasaba entonces á su vista parecia justificar en cierto modo su teoría.

Tales fueron los sublimes descubrimientos que hizo el espíritu filosófico en sus ponderadas exploraciones á través de las regiones del mundo moral, tales fueron los maravillosos horizontes que abrió á los ojos ávidos de la humanidad. En vez de un Homero para celebrar sus hazañas seria preciso un Lucano para poner á sus héroes en pública subasta. He ahí, entre tanto, á uno de los partidarios de la razon pura que se burla ya de su independecia. "Entrad en la casa del baron de Holbach, dice M. Luis Blanc; los convidados no están de acuerdo sobre ningun punto; ni sobre Dios, ni sobre la moral, ni sobre el libre albedrío, ni sobre el alma. Diderot declama con ardor contra el Dios de los fanáticos: Fréret considera á la Divinidad como una fantasma de nuestra imaginacion. ¿Y la espiritualidad del alma? Helvecio la coloca en el número de las hipótesis. ¿Y la metafísica? No es mas que un dédalo de conjeturas, segun D'Alembert, quien jura que en medio de estas tinieblas no encuentra nada mas razonable que el escepticismo. ¿Y la historia? Boulanger hace una compilacion de leyendas, de figuras cabalísticas, un sueño escrito en fin. Otros disputan acerca del diluvio; y no

es necesario advertir que en este esfuerzo de demolicion universal, no quedaron en pié los dogmas del cristianismo, sus misterios y sus milagros; y que Diderot con un tono de triunfo, repetía estas palabras de un caballero gascon: "¿Cuál es, pues, ese Dios, que hace morir á Dios para aplacar á Dios?"¹ Pero la risa se hieló muy pronto en los labios del filósofo moderno cuando llega á considerar los efectos prácticos de todas estas locuras. "Cuando cada uno, decia él mismo, busca la razon por su lado, no es una divinidad á quien se pueda reconocer fácilmente. La razon de Pascal no era la de Voltaire, ni la de Voltaire fué la de Rousseau. Proclamando sin restriccion, de una manera absoluta, la religion del racionalismo, se le erigian tantos altares rivales cuantos fieles podia tener. Así, pues, la anarquía intelectual fué inmensa. Como la razon divide lo que la fé reúne, ellos no hicieron mas que colocar al hombre sobre un monton de ruinas, donde lo vemos hoy todavía, en pié, dueño de sí mismo, pero solo é inquieto."²

El que se imaginara que la licencia de los espíritus fuertes tendía á libertar al mundo para siempre de las preocupaciones y de la supersticion, caeria en un grave error. "Desde que la filosofía del siglo diez y ocho habia minado la supersticion de la Edad Media de la Europa," dice M. de Lamartine, "la pasion por lo sobrenatural habia cambiado, no de naturaleza y de credulidad, sino meramente de objeto. Jamas tantas doctrinas ocultas, tantas filosofías quiméricas ó teosofías relevantes, habian fascinado el mundo intelectual. Swedenborg en Suecia, Weipsant en el Rhin, el conde Saint German, Bergasse y Saint-Martin en Francia, los fracmasones, los rosacruz, los iluminados y los teistas, habian fundado por todas partes escuelas, reclutado adeptos y soñado en misterios. Las credulidades místicas se sucedian en todas partes á las credulidades populares."³

1 Hist. de la revol., tom. I, pág. 392.

2 Idem de idem, tom. I, pág. 353.

3 Hist. de los Girondinos, tom. VIII, pág. 247.

¿Y qué venia á ser la moral pública en medio de este naufragio universal de las sanas doctrinas? ¿Se veia mejorar á los individuos, y á las naciones procurar la perfeccion de las costumbres? Las orgías desenfrenadas del tiempo de la regencia, y los repugnantes escándalos del reinado de Luis XV responden suficientemente á esta pregunta. “¡He aquí, esclama el P. Lacordaire, el palacio de los reyes cristianos! En la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo está ahora acostado! Stamboul habia visitado á Versailles y se encontraba allí muy á su gusto. Unas mujeres levantadas del fango hediondo del mundo, jugaban con la corona de Francia; los descendientes de los cruzados, impregnaban con el hálito de su adulacion las antecámaras deshonoradas, y besaban al pasar el vestido de la cortesana reinante, llevando del trono á sus casas los vicios que allí habian adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la imitacion de las saturnales de Roma, realzadas con una impiedad que no habian conocido los cortesanos de Neron. En vez del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabia manejar sino el sarcasmo contra Dios y el descaró contra el hombre: á sus piés se arrastraba la clase média mas ó menos imitadora de esta real corrupcion, y lanzando en pos de sí á sus hijos perdidos, como se vé detras de los poderosos reyes de las selvas, los leones y otras fieras, á los animales mas pequeños y viles que les siguen, para lamer su parte de la sangre que aquellos derraman.”¹

He ahí lo que el espíritu filosófico hizo particularmente de la Francia; he ahí cómo en pocos años transformó en abyeccion, en egoismo, en corrupcion, la lealtad, la generosidad, la religiosidad de un gran pueblo. Lejos, pues, de conducir á la humanidad hácia los destinos gloriosos de un porvenir puro y científicamente virtuoso, no hizo mas que arrastrarlo hasta el abismo de la mas profunda degradacion: la historia lo demuestra con una luminosa é irresistible evidencia. Así

¹ Confer., tom. II, pág. 70.

pues, un inmenso descrédito ha herido á las ciencias morales: las conciencias turbadas é inciertas las han rechazado como guías ciegos y falaces; y mas bien que entregarse todavía en sus manos han preferido sustraerse á todo principio de vida, sepultándose voluntariamente en la tumba de una indiferencia letárgica. Por segunda vez, el hombre rebelado contra Dios encontró la muerte del alma en su rebeldía. La razon, tan orgullosa de su independendencia, no habia conseguido mas que crear la servidumbre del error: en el caos de la anarquía de las inteligencias, graznaba como el pájaro sinestro de la noche sobre las ruinas de la sociedad moral.

CAPITULO XXXVII.

Que la independendencia

de la razon no ha ejercido una influencia dichosa en la política ni en el progreso de las ciencias y de las artes.

Nadie desconoce que la sociedad moral y la sociedad política están unidas entre sí por medio de estrechas relaciones; que ésta última se apoya en aquella, y que la caída de la primera debe producir en la segunda un terrible sacudimiento. Dios lo ha querido así, á fin de que las naciones reconociesen el bien y el mal por sus mismos frutos y supiesen que no se confunden y desprecian impunemente las mas santas leyes de los seres libres. No es, pues, fuera de propósito el poner á la vista los fenómenos que han aparecido, así en el órden moral como en el órden político, al advenimiento de la independendencia de la razon.